

bres todos los días. En una hambre que afligió la Alemania el año 1225, hizo distribuir á los pobres todo el trigo que se habia recogido de sus tierras; y quejándose los ministros al landgrave de esta que llamaban disipacion, dejadla obrar, dijo el Príncipe, digno en verdad de semejante esposa: estoy cierto de que el Señor me acrescentará los bienes que ella gaste con los pobres. Para comodidad de los ancianos y enfermos que no podian ir fácilmente á buscar la subsistencia á su palacio de Vartberg, situado sobre una alta montaña, hizo edificar bajo un hospital, adonde asistia ella misma y les servia con sus propias manos; y como si todos sus cuidados y sus bienes no fuesen suficientes, se ocupaba de continuo en hilar lana y en otros rústicos trabajos, á fin de proveerles de vestidos.

Muerto su esposo, el cual la dejó un hijo y dos hijas, Enrique su cuñado se puso en posesion del estado con perjuicio de sus herederos legitimos; luego arrojó á la madre despojada de todo, y reducida á retirarse á una mala posada cerca de la ciudad de Lisenac, porque nadie era osado á darle acogida, temiendo irritar al Príncipe reinante. Para colmo del dolor la enviaron sus tres hijos, con los cuales vivió algun tiempo en una indigencia é incomodidades que hicieron brillar toda su admirable paciencia. Cuando este infortunio llegó á oidos de sus illustres parientes, y sobre todo del Rey su padre, todos se dieron prisa á hacerla olvidar con las pruebas de su ternura unos ultrajes tan poco merecidos. Hasta el

mismo usurpador Enrique, confuso del contraste de su bárbara inhumanidad con la dulzura angelical de la Princesa, la volvió á llamar al palacio de Vartberg, y se esmeró en indemnizarla de todo cuanto habia sufrido. Mas Isabel, contenta de que cuidasen de sus hijas y de su hijo Herman, que en lo sucesivo recobró los estados de su padre, manifestó fijar sus delicias en la humillacion, se estableció en una casa rústica, y se consagró enteramente á las obras de caridad. Abrazó además la regla de la orden tercera de San Francisco, establecida algunos años antes, y confirmada despues por el Papa Nicolao IV.

68. Era esta una asociacion en que los piadosos fieles de uno y otro sexo, aun los ligados con el vínculo matrimonial, sin dejar sus profesiones y casas, seguian una regla dada por San Francisco, y podian aspirar á la perfeccion de la vida religiosa, sin practicar todas sus austeridades (1). Su vestido consistia en un hábito pardo y modesto, con un ceñidor lleno de nudos, y eran llamados los hermanos de la penitencia. Lucbesio, comerciante genovés, apasionado en otro tiempo á la faccion de los guelfos, los cuales con los gibelinos principiaban á desolar la Italia, fue el primero que abrazó esta vida egemplar. No la practicó largo tiempo Santa Isabel, porque el cielo quiso coronar pronto sus virtudes ya consumadas, á pesar de no contar mas que veinticuatro años. Antes de cuatro despues de su fallecimiento fue canonizada por una bula de primero de Junio de 1235, que

(1) *Vading. not. in regul. t. Ord. ser.*

manda celebrar la fiesta el 19 de Noviembre, día de su muerte.

69. Tuvo una tia y una prima hermana que son tambien contadas en el número de las Santas. Santa Eduvigis su tia, hija del duque de Carinthia, como la madre de Isabel, y esposa de Enrique el Barbudo, duque de Polonia y de Silesia, desde el principio de su matrimonio que contrajo á la edad de trece años, guardó la continencia en cuanto la fue posible (1). Así que vió asegurada la sucesion en la casa de su marido por el nacimiento de algunos hijos, le hizo consentir en guardar continencia perpétua, á la que se obligaron con voto, con aprobacion y bendicion solemne del obispo. Vivió el duque como un religioso, sin haber hecho profesion de tal, dejando crecer su barba cual los frailes conversos, de donde le vino el sobrenombre de Barbudo. Habiéndole inducido la duquesa á fundar cerca de Breslau en Silesia el monasterio de Trebnitz para las religiosas del Cistér, fijó allí su residencia, aunque fuera de la cerca del monasterio, á fin de guardar la libre disposicion de los bienes en favor de los pobres. No obstante, ofreció en él á Dios á su santa hija Gertrudis, que en lo sucesivo llegó á ser abadesa, y muy célebre por los favores extraordinarios con que la distinguió el cielo.

70. Floreció en el propio tiempo San Antonio de Padua, el mas illustre de los frailes menores despues del santo fundador de esta órden (2). Nació en Lis-

(1) *Sur.* 15. *Oct.* (2) *Bollant.* 13. *Jun.*

boa, en Portugal, y recibió en el bautismo el nombre de Fernando. Entró á la edad de quince años, en el órden de San Agustin, esto es, en los canónigos regulares, en los cuales descollaba por su amor al estudio de las letras sagradas, cuando llevaron á Portugal las reliquias de cinco frailes menores que habian sido martirizados en Marruecos. Concibió un deseo ardiente de sacrificarse como ellos por la fe, y resolvió abrazar su vida apostólica, como la mas adecuada para abrirle la senda del martirio. Habiendo tomado secretamente todas sus medidas para la egecucion, recibió al punto el hábito de mano de algunos de ellos que tenia ocultos, á quienes pidió le llamasen en lo sucesivo Antonio, para conservar mejor el secreto. Obtuvo el permiso de pasar á África, y en efecto pasó; pero Dios le destinaba, no á padecer el martirio, sino á mantener el espíritu apostólico en un seminario entero de mártires, esto es, en la nueva órden cuya profesion abrazó, y á hacer florecer las virtudes de los primeros fieles en el centro del mundo cristiano. Apenas pasó el mar, le acometió una enfermedad tan grave y tan rebelde, que le hicieron reembarcar para España. Pero no era aun este el lugar que Dios le tenia señalado; los vientos contrarios le condujeron á Italia, donde permaneció lo restante de sus dias.

71. Depuesto Elías por San Francisco, habia sido restablecido por el mismo Santo, el cual se persuadió despues que era suficiente esta humillacion para con un hombre dotado por otra parte de talentos muy

propios al gobierno de su órden. Sucediendo al Santo tambien en el poder, dedicó á su propio uso una parte de las limosnas hechas á los frailes, se echó un buen caballo y criados; tomó la costumbre de comer separadamente en su cuarto donde tenia una comida espléndida; y llegó hasta decir claramente que el método de vida de San Francisco no era practicable para una multitud de religiosos: que no todos podian ser tan santos como él. Y como tenia el arte de ganar los corazones, atrajo el mayor número á su partido, y contuvo al resto con el temor de su despotismo.

San Antonio fue casi el único que se opuso enérgicamente á esta subversion del instituto, lo que le hizo el blanco de toda especie de malos tratamientos. Por poco no le encarcelaron como un cismático que promovió la division de la órden. Sin embargo, halló medio de poder hacer el viage á Roma, burlando la vigilancia de los espías que Elias habia puesto para que le detuviesen en el camino, y llegó con felicidad por sendas escusadas. Recibióle con los brazos abiertos el Papa Gregorio que conocia su sabiduría y veneraba su santidad, y se condolió de ver el edificio de Francisco tan lastimosamente trastornado, cuatro años solos despues de su muerte. Citó á Elias á su tribunal: hizo constar la verdad de las quejas dadas contra él, le declaró privado del ministerio general, y al punto mandó nombrar un sucesor. No obstante, encontramos una bula pontificia espedita ó confirmada en este mismo año, en que se inter-

preta la regla y testamento de San Francisco que se habia declarado tan fuertemente contra esta clase de glosas. En ella se trata particularmente de la propiedad prohibida á los frailes menores: objeto de discusion en que veremos emplearse por mucho tiempo la sutileza escotistica, y agitar algunas veces la gravedad romana. Antonio, á quien se confirió el gobierno de la órden, sin perder el tiempo en estas sutilezas contenciosas, no se ocupó mas que en hacer florecer con exacta regularidad aquel amor y cultura de las letras que principió entonces á distinguir á sus hermanos, acusados de ignorancia antes de esta época.

72. Empero el amor á la oracion y el ministerio apostólico tenian para él mucho mas atractivo que los cuidados del gobierno. Hizo que lo exonerasen de toda superioridad el capítulo general y el Papa, y fue á establecer su domicilio en Padua. Logró tantos frutos de salvacion en menos de un año, y se hizo tan famoso en toda aquella gran ciudad, que ésta le dió su nombre. Todos los dias de la cuaresma predicaba, y sus sermones aumentaban el ansia de sus oyentes por el pasto evangélico. A bandadas venian de los lugares circunvecinos, caminando de noche, y disputándose la preferencia del paso por encontrar puesto. Llegó á ser tan grande el concurso, que siendo ya las iglesias muy estrechas, se vió obligado á predicar en campo raso. Durante el sermón, estaban todas las tiendas cerradas. Viéronse hasta treinta mil personas todas tan atentas como las que estaban junto al púlpito. Hablaba con un fuego, con una un-

cion y dignidad, que mas bien parecia un serafin que un orador mortal. Al dirigirse al púlpito, se veía obligado á hacerse rodear de una escolta de jóvenes fuertes y vigorosos. Dábanse todos prisa en tocarle de paso: hacian esfuerzos para cortar un pedazo de hábito, ó arrancar á lo menos algunos hilos que guardaban como preciosas reliquias. Despues del sermon venian los mas grandes pecadores á arrojarse á sus plantas pidiendo misericordia, y no eran bastantes los sacerdotes para administrar el sacramento de la penitencia. Oía cuantas confesiones podia, supliendo á sus fuerzas el ardor de caridad, y compensando ampliamente el exceso de la fatiga con los testimonios nada equívocos del arrepentimiento. Reconciliábanse los enemigos mas mortales; restituían los usureros sus lucros mezquinos; daban libertad á los deudores que ya mucho tiempo estaban encarcelados, y los absolvian frecuentemente de sus deudas; en una palabra, las pecadoras públicas rompian todas las cadenas que las tenian esclavas del demonio, y abrazaban las costumbres de las vírgenes mas recogidas.

Antonio, despues de esta incomparable mision, se retiró á un lugar poco distante de Pádua, á fin de entregarse completamente á la oracion y á la meditacion de las cosas del cielo. Allí se sintió repentinamente acometido de una enfermedad violenta, de la cual antevió que no saldria, aunque no contaba mas que treinta y seis años. Hizo que le condujesen á Pádua; recibió los últimos ausilios de la Iglesia,

juntó sus fuerzas todas para cantar los salmos acostumbrados al administrar el sacramento de la extrema-uncion, y al cabo de una media hora dió tranquilamente su espíritu al Criador. Los muchos y esplendorosos milagros obrados en su sepulcro, fueron causa de que le colocasen solemnemente en el número de los Santos antes de acabarse el año de su muerte, y para su fiesta señalaron el mismo dia en que sucedió, esto es, el 13 de Junio.

73. Al propio tiempo, y no en oscuros claustros sino en medio de los escollos que cercan un trono, se formaba en la persona del jóven Luis IX, Rey de Francia, un santo que podemos poner en parangon con los mas perfectos solitarios, en la piedad, en la pureza de corazon, en el desprendimiento y desprecio de las cosas terrenas, y en la ciencia del trono, en el arte de vencer y gobernar, contando pocos iguales aun entre los Príncipes de su misma prosapia, tan fecunda en grandes Monarcas. La Reina madre y regente se propuso formar un Rey cristiano, inspirándole con sus repetidas exhortaciones mayor horror al pecado que á la muerte; y á proporcion de este celo en establecer ante todas cosas el reino de Dios en el imperio francés, parece que quiso esmerarse la Providencia en consolidar la autoridad de la Reina y del jóven Monarca. Sometiéronse y se dejaron gobernar por una muger y un Rey niño los condes de Champaña, de Bretaña, de Boloña, de la Marca y casi todos los Príncipes y barones aliados entre sí.

74. Blanca y Luis obligaron al conde de Tolosa, acérrimo protector de los albigenses, á juntarse á la Iglesia, y á poner en sus manos la suerte de su hija única y de sus estados. Este tratado que fue confirmado en un concilio de París, estaba concebido en términos que sostenian toda la magestad de la corona de Francia (1). Dicen, que Raimundo habia ido á pedir á la Iglesia y al Rey, no justicia, sino gracia y merced, prometiendo ser muy fiel en adelante. Las condiciones bajo las cuales le reciben, son, que arrojará á los hereges de todos sus estados, y que hará de ellos una pesquisa rigurosa. A consecuencia la inquisicion que tuvo su origen en 1214, fue establecida en 1229 en las provincias meridionales de Francia, y confiada en general á los dominicos en 1233. Añádese que el conde restituiria los bienes raices á las iglesias, y las pagaria los diezmos, aun de sus propios dominios: que daria diferentes sumas que se especifican para reparar los perjuicios que habia causado: que entre otras liberalidades suministraria cuatro mil marcos de plata para establecer catedráticos en Tolosa, esto es, dos de teología, dos de cánones, seis profesores de artes liberales, y dos de gramática. He aquí el origen de la universidad de Tolosa. Despues de su absolucion, Raimundo VII debia además tomar la cruz para ir durante cinco años consecutivos á hacer la guerra á los sarracenos de levante.

El conde Raimundo fue absuelto en público de las

(1) *Tom. 11. Conc. pag. 415.*

censuras eclesiásticas junto con aquellos que habian incurrido en ellas por la misma causa en el dia de viernes santo, que en este año 1229 se celebró en 13 de Abril. A pesar de su poder se vió precisado á presentarse delante del altar con los pies descázos, en camisa y calzoncillos. Juana su hija y heredera fue entregada al Rey, quien la dió por esposa á su hermano Alfonso, conde de Poitiers, estipulando que á falta de herederos que provinieran de este enlace, el condado de Tolosa se adheria á la corona de Francia, lo que en efecto sucedió. Así es que el reino debió á San Luis que apenas habia salido de la infancia, el fin de la guerra desastrada de los albigenses, y el recobro de uno de los mas bellos dominios que se habian separado de la corona. Por el mismo tiempo de este tratado y en las regiones á que se referia, se publicó en nombre del Rey una ordenanza cuyo preámbulo ha sido encarecido por varios escritores como el primer monumento que evidencia en términos expresos el uso mas libre en Francia que en otras iglesias de conducirse segun los antiguos cánones (1). Diríjese principalmente esta ordenanza que comprende diez artículos, á la estincion de la heregía. Los señores de los lugares y los alcaldes reales quedan obligados á pesquisar exactamente á los sectarios, y presentar los que encontrasen á los jueces eclesiásticos; y se señalan dos marcos de plata en premio al que prendiere un herege.

(1) *Maroc. III. Concor. cap. 1. Fleuri. lib. 19. num. 50. Hist. Eccl. Gall. tom. 10. pag. 32.*